
SOLOVIOV, VLADÍMIR

La transfiguración de la belleza. Escritos de estética, edición y traducción preparada por Miriam Fernández Calzada, Sígueme, Salamanca, 2021, 363 pp.

Con ilusión acogemos este aporte para el cultivo del espíritu de uno de los pensadores más grandes del Siglo de Plata ruso: Vladímir Soloviov (1853-1900), filósofo, poeta, crítico literario, visionario y místico.

Esta obra recoge ensayos y artículos sobre cuestiones de estética. Para Soloviov la estética y la escatología van estrechamente unidas en su finalidad, a saber, el destino y el significado de la materia. Para el autor la materia es el *receptáculo potencial de la divinidad*. Por eso mismo también aborda el problema de la intervención del hombre en el mundo. El hombre está llamado a transformarse en el nexo entre el espíritu y la materia. El concepto clave y luminoso para el desarrollo de esta transformación es el concepto de “divinohumanidad”, principio del verdadero cristianismo. Este es el presupuesto del que parte todo el pensamiento de Soloviov. Una de las preocupaciones que tiene Soloviov es el de la divinización del hombre, o la “humanodivinidad”. Por eso, el concepto de belleza es importante en su concepción de la vida, pues la belleza, además de finalidad sin fin es también algo inherente a la vida, a la materia, es “corporalidad espiritual”. Como la traductora de la obra dice en la presentación de este libro, “la belleza es el fin al que aspira y tiende el universo. No es un mero objeto de contemplación, es una fuerza creadora y vital, capaz de actuar sobre el mundo y transformarlo” (p. 14).

El primer capítulo engloba los tres discursos en memoria a Dostoievski (1881-1883). Para Soloviov, Dostoievski (1821-1881) fue un amigo y un confidente. Soloviov es consciente de que al contemplar la obra y la personalidad de Dostoievski no se está sólo ante un genio, un escritor con talento y convencional... Dostoievski penetra en el alma del hombre como pocos lo han hecho. Describe con crudeza y extraña belleza todo el mal capaz que puede un hombre y, a la vez, toda la grandeza contenida en un corazón humano, la

experiencia divina inserta en el alma humana: “posee el privilegio esencial de ver no sólo lo que sucede a su alrededor sino lo que está delante de sí...” (p. 28). Esto lo hace diferente a Tolstói, y a otros tantos autores rusos (Goncharov, Turguénev, Pushkin, etc.), pues el tema de sus novelas no versa sobre el *modo de ser* de la sociedad sino el *movimiento* de la sociedad. Este es, según Soloviov, el tema central de su creación: el *movimiento* de la sociedad, el ideal de la sociedad y el camino para recorrerlo. Y ese camino pasa por la fe, por la conciencia de que el hombre es hijo de Dios. Pasa también por la verdad universal que encarna la Iglesia.

También en estas memorias sobre Dostoievski es significativo y lugar común de sus obras, según expone Soloviov, el *panhumanismo*, o sea, que lo que debe unir a todos los hombres no es sólo una fe, sino todas las obras humanas, es una única obra mundial. Lo cual no significa que el mundo se salve por la fuerza de las obras. Esas obras han de ser libres. La libertad es condición para Dostoievski, siempre según el prisma de Soloviov, de la verdadera *panhumanidad*. Y esa garantía de que las personas obran de modo libre es la infinitud del alma humana, “que no permite al ser humano detenerse y encontrar sosiego en algo particular, insignificante e incompleto, sino que lo obliga a buscar y alcanzar una vida panhumana plena, una obra universal” (p. 43). Pues bien, esta plenitud se da en el cristianismo.

Con bastante misticismo, genialidad y buena pluma, Soloviov va tratando otros temas como la base de una ética positiva, la belleza en la naturaleza, el sentido general del arte, aterrizando posteriormente en estudios más concretos, como la poesía contemplativa de Tiútchev, la poesía combativa de Tolstói y el espíritu de contradicción y reconciliación de la poesía de Pushkin.

Llama la atención el último capítulo dedicado a Nietzsche, y titulado *La idea del superhombre*. Sabiendo que ambos murieron en el mismo año, Soloviov ya es conocedor de la obra de Nietzsche, probablemente gracias a un seguidor ruso, B. P. Preobrazhenski. Pero conocedor no significa que sea admirador. Es más, chocan frontalmente. Soloviov, que es bastante pesimista con el arte de su tiempo, ve en la obra de Nietzsche la encarnación de la bajeza

moral del arte y de la sociedad de su tiempo. Nietzsche desprecia al hombre, desprecia su naturaleza débil. Justamente aquí está el rescate y la salvación del hombre, en el reconocimiento de su debilidad, que le hace paradójicamente fuerte, según el ideal cristiano, no nietzscheano. Hay algo que cobra esperanza en todo el negro panorama que se viene encima, y esa esperanza es la belleza que anida en cada alma humana, capaz de dotar y cambiar el rumbo de esa absurda tendencia de autoaniquilación que no se sabe por qué maldito motivo embriaga de vez en cuando al hombre. La belleza tiene ese poder de cambiar, transformar, transfigurar la naturaleza. Esa tarea es propia del artista, que debe empezar por cambiar en primer lugar él mismo.

Alberto Sánchez León. Universidad de Navarra
 asanleo@gmail.com

TROPIA, ANNA

La teoria della conoscenza di Francisco Macedo. Un filosofo a confronto con Tommaso e Scoto, Roma, Carocci, 2020, 190 pp.

Anna Tropa es profesora de filosofía en la Universidad de Praga y ha dedicado buena parte de su carrera académica al estudio del pensamiento jesuítico. En particular, ha consagrado diversos estudios a los elementos escotistas en Suárez. El escotismo críptico de los jesuitas, obligados a seguir a Aristóteles y a Santo Tomás, no deja de ser uno de los temas más importantes y debatidos de la segunda escolástica.

En el libro que presentamos, la autora estudia la teoría del conocimiento de Francisco Macedo (Coimbra, 1596 - Padua, 1681), un pensador que pasó por la Compañía de Jesús, por la Orden de San Francisco y finalmente recaló en la de San Agustín. De ahí tomó su nombre definitivo: Francisco de San Agustín. Su biografía, jalonada por viajes a distintos puntos de Europa, parecía inclinarlo hacia el eclecticismo filosófico, y mucho de ello hay, pues su obra es claramente deudora no solo de la tradición escotista franciscana,